

testigo de la derrota de su tropa y sin medios de rehacerla, buscó también su salvación en la huida; pero perseguido vivamente por el enemigo, cayó en su poder, y cargado de cadenas fué llevado á Cuzco, que se rindió sin resistencia á los vencedores.

Su muerte podía únicamente saciar el odio y la venganza de los Pizarros: ya estaba resuelta de antemano; pero la prudencia exigía algunas precauciones y era preciso alejar á todos los que fieles á Almagro en su desgracia, podían hacer eficaces tentativas para salvarle. Se les alejó, encargándoles diversas expediciones á las provincias más remotas del Perú y aun no sometidas al dominio español. Aquellos hombres aprovecharon con afán la ocasión de salir de una ciudad en que ya no podían ser útiles á la causa de Almagro.

Entonces los Pizarros se quitaron la máscara; pero queriendo dar la apariencia de justicia á la ejecución de su sanguinario proyecto, formaron un tribunal, ante el cual compareció el desdichado anciano. Acusábanle de crimen de alta traición, de rebelde á las órdenes del emperador y de usurpación de los derechos y funciones del gobernador: acusación absurda, puesto que se refería á una época, en que el emperador todavía no había dado á conocer su decisión, ni fijado los límites del gobierno de Pizarro. En vano Almagro protestó que jamás había tenido intención de perjudicar á su antiguo asociado; que siempre había respetado sus derechos, y que si se había apoderado de Cuzco, era creyendo estar autorizado para ello en virtud del examen y de la interpretación dada á los títulos enviados por el emperador. El tribunal, compuesto de jueces á favor de Pizarro, sentenció á muerte al anciano.

Cuando Almagro supo la sentencia que se acababa de pronunciar, aquel mismo hombre que tantas veces había despreciado la muerte en sus aventuradas expediciones, y que había dado tantas pruebas de valor y de energía, cayó en un profundo abatimiento, y débil hasta la cobardía, trató de enternecer á sus vencedores, de escitar la compasión de sus verdugos con sus súplicas y sus lágrimas. Invocó los recuerdos de la antigua amistad que Francisco Pizarro y él se habían jurado al pie de los altares, y la humanidad con que él había tratado á sus enemigos cuando eran sus prisioneros: les conjuró para que evitasen á sus canas y á su memoria el oprobio del suplicio reservado á los malhechores, y para que le permitiesen consagrar los últimos instantes de su existencia al arrepentimiento y á la expiación de sus faltas.

Estos ruegos de un anciano que había sido uno de los más intrépidos guerreros de la España, este abatimiento en la desgracia, estas lágrimas del ilustre sentenciado que luchaba en cierto modo con la muerte, conmovieron á la mayor parte de los soldados, á pesar de lo familiarizados que estaban con sensaciones de este género. Pidieron el perdón de Almagro; pero el corazón de los Pizarros estaba cerrado á la piedad, y no solo se mantuvieron inflexibles, sino que osaron burlarse de las mismas súplicas de su acobardado enemigo. Su ironía cruel le prodigó los más amargos sarcasmo diciéndole que era indigno de una alma grande el mendigar la vida, y que marchando á la muerte debía acordarse que era cristiano y caballero.

En fin, cuando Almagro se convenció de que nada tenía que esperar del odio implacable de los Pizarros, se acordó de lo que había sido en otro tiempo y volvió á recobrar su antiguo valor: dirigió á sus encarnizados

enemigos estas palabras que pronunció con acento de noble resignación: «Libradme, pues, de esta vida y que vuestra crueldad se sacie con mi sangre.» Después hizo testamento, dejando á su hijo único y al emperador por sus herederos: cuando hubo terminado este acto postrero de su existencia, le dieron garrote en la prisión, cortándole después la cabeza en la plaza pública de Cuzco. Almagro, en el momento de su muerte, tenía setenta y siete años.

Así pereció este hombre, notable bajo más de un concepto, y que sin duda merecía otra suerte; aunque la historia le acusa con justicia por su complicidad en la muerte de Atahualpa.

Entre los españoles á quienes indignó la crueldad de Pizarro, había uno que juró vengar la muerte de Almagro. Llamábase Diego de Alvarado, y era un oficial de distinción, que padeció tanto más con el fin desastroso de su amigo, cuanto que sufría sus remordimientos por haber contribuido á él en cierto modo, aconsejándole que diese libertad á Hernando Pizarro. Poseído de la idea de obtener venganza de los Pizarros, supo eludir su vigilancia, y aprovechando una ocasión para volver á España, se presentó al instante en la corte. Admitido á la audiencia del emperador le pintó con tan vivos colores el orgullo, la ambición y la crueldad de los tres hombres que reinaban como despotas en el Perú, que escitó á la vez su horror y su indignación. Pero su animosidad buscaba otro medio de satisfacción, y pidió el permiso de sostener en campo cerrado la justicia de sus acusaciones, desafiando en combate personal, según la costumbre de la época, á Francisco Pizarro, que denunciaba á la vindicta pública como el único autor de todos los crímenes y de todas las desgracias cuyo enérgico cuadro acababa de trazar.

Cuando el intrépido Alvarado esperaba la respuesta favorable que le habían dado motivo á esperar, murió tan repentinamente, que la opinión general no dejó de atribuir su muerte á los amigos de Pizarro, que habían tratado de librarse por medio del veneno de un enemigo tan temible.

A pesar de todo, había sobrevivido á Alvarado la impresión producida por su relato; pero el emperador y sus ministros dudaban al adoptar una providencia seria contra los Pizarros, temiendo su influencia y poder en las comarcas conquistadas por ellos. Mientras que se deliberaba en la corte acerca de las medidas que reclamaba semejante estado de cosas, Hernando Pizarro resolvió pasar á España para dar cuenta al gobierno de su conducta y de la de sus hermanos. En vano sus amigos trataron de disuadirle de este proyecto, suplicándole que á lo menos dilatase su ejecución, hasta que supiese el efecto que había producido en la corte la noticia del suplicio de Almagro. Hernando, confiado en la bondad de su causa y en el crédito que creía gozaba su hermano con el monarca y sus ministros, insistió en su resolución. Sin embargo, al despedirse del gobernador, le aconsejó que desconfiase de los partidarios de Almagro, que celase su conducta y que nunca les permitiera reunirse en número que pasase de siete, porque tratarían de concertarse para quitarle la vida; pero Pizarro, ciego con su prosperidad, no quiso creer el peligro que le amenazaba y despreció los avisos de su hermano.

Hernando partió, y llegado á España se presentó en la corte con una ostentación que escitó envidiosas murmuraciones: esta pompa que casi eclipsaba la de

la soberanía, causó la sorpresa de un escándalo, y la opinión pública vió con indignación al orgulloso aventurero ostentar con descaro los despojos de los infelices peruanos. Esta conducta no era la mas á propósito para disipar la prevención terrible que habia contra los tiranos del Perú, así es que en vano trató Hernando de justificar los actos de Francisco Pizarro y de sus demas hermanos y de probar, que habiendo sido Almagro el agresor, habia recibido con justicia el castigo de su rebeldía. Aunque la córte carecia de datos seguros para decidir esta cuestion, no pudo menos de conocer que los Pizarros habian abusado de su poder en todas ocasiones, y que su conducta tiránica merecia la severidad del gobierno. Sin embargo, antes de tomar una resolución vigorosa contra el gobernador del Perú, se creyó conveniente asegurar la persona de Hernando, que fué arrestado y puesto en prision. Se dice que permaneció en ella cerca de veinte años, y algunos historiadores aseguran que en ella acabó sus dias.

Decidióse despues enviar al Perú un comisario encargado de examinar escrupulosamente cuanto habia sucedido, y de recibir las declaraciones acerca de los sucesos anteriores y posteriores á la muerte de Almagro. Este comisario iba ademas investido de una autoridad que aniquilaba, en cierto modo, el poder de Pizarro, puesto que podia mudar en nombre del emperador, si lo juzgaba conveniente, el gobierno y la administración del Perú.

Para desempeñar dignamente una comision tan importante, era preciso unir la probidad á el talento. Vaca de Castro, á quien fué confiada, era un caballero pundonoroso é incapaz de transigir con sus deberes: el conocimiento de los hombres y de los asuntos se amalgamaba felizmente en él á una gran firmeza de carácter, por lo que difícil hubiera sido hacer mejor eleccion.

Tiempo era ya de que la córte de España pusiese un término al insolente despotismo de Pizarro en el Perú: distribuia á su arbitrio las dignidades y los terrenos, y nombraba ó destituia á los funcionarios segun su capricho. Distribuyéndose entre él, sus hermanos y sus favoritos las tierras mas fértiles y mas ventajosamente situadas, dejaba las estériles y de poco valor á los oficiales que habian merecido recompensas por sus servicios y su valentía ¡Desgraciados de los que habian servido á las órdenes de Almagro, porque se veian condenados á la mas horrorosa penuria! Pizarro como que se complacia en hacerles espisar su lealtad y cariño á su antiguo gefe. Los historiadores refieren un hecho que basta para dar una idea de los apuros de aquellos infelices. Doce de los mas comprometidos oficiales de las tropas de Almagro habitaban en una misma casa, y eran tan pobres que entre todos ellos no tenian mas que un solo vestido decente: cuando alguno tenia precision de salir, se servia de él y los otros once tenian que estarse en casa. Era tal el temor que inspiraba el gobernador, que nadie se atrevia á recibirlos en su casa, ni aun á dirigirles la palabra. Así cuán violento era el odio que animaba á estos hombres contra Pizarro, y con qué impaciencia esperaban el momento de vengarse del cruel dictador del Perú.

Sordo á cuanto se murmuraba contra él, insensible á las quejas de las víctimas de su despotismo, contaba con la impunidad, y así despreciaba el peligro como las amenazas del odio. No temió quitar el gobier-

no de Quito á Belalcazar, aquel intrépido oficial que habia conquistado esta provincia, para dárselo á su hermano Gonzalo, á quien poco despues confió el mando de una expedicion importante.

Los peruanos aseguraban á los españoles que mas allá de las Cordilleras, y al Este, habia una comarca en que se encontraban la canela y otras especierias con abundancia. Esto fué lo que determinó la expedicion confiada á Gonzalo, que partió de Quito con un ejército de 340 soldados europeos, la mayor parte de á caballo, y de 4,000 peruanos.

Empezó su caminata hácia el Sud-Este, siguiendo la orilla del rio Napo, y despues torció hácia el Sud. El Napo desemboca en el gran Marañon ó rio de las Amazonas, uno de los mas caudalosos del mundo, y que atravesando de Este á Oeste, casi toda la América Meridional, desemboca despues de numerosas revueltas en el gran Océano Atlántico. Antes de llegar á las Cordilleras, donde ya se suponía que habria que sufrir horribles padecimientos por el excesivo frio, ya encontró Gonzalo otros obstáculos casi insuperables, cual si la naturaleza misma quisiera oponerse á la marcha de los españoles. Un temblor de tierra, precedido ó mas bien anunciado por un espantoso huracan acompañado de truenos y rayos, se tragó á su vista casas y bosques enteros en los abismos que se abrieron de improviso: un rio á cuya orilla habian acampado, salió de madre con tal impetuosidad, que apenas les dió tiempo de refugiarse á un colado inmediato, para no ser sumergidos por los torrentes de agua que inundaron repentinamente la campiña. Cuando llegaron despues á lo alto de las montañas cubiertas de nieve, se creyeron trasportados á la zona glacial, mas allá de los círculos polares, y muchos peruanos con algunos españoles, allí quedaron sin vida. Llegando por fin á las llanuras del otro lado de las montañas, les asaltaron otras plagas de las cuales la mas cruel fué el hambre: aquellas vastas llanuras no presentaban mas que un inmenso desierto, y apenas se encontraban algunos salvages, que no podian proporcionar los víveres necesarios. Ya tenian que atravesar algun pantano, ya tenian que abrirse un estrecho paso á fuerza de hachazos por alguna selva impenetrable, y para colmo de las desgracias y privaciones de Gonzalo y sus compañeros, llovió sin cesar durante dos meses, en términos que ni una vez sola pudieron ver juntos sus vestidos.

Llegaron por fin á las orillas del rio Napo, y Gonzalo se ocupó de la construccion de una barca para pasarle en caso de necesidad y para que tambien sirviese para llevar los bagages y los viveres. Careciendo los españoles de los materiales necesarios, y sobre todo de hierro, para ejecutar este trabajo, tuvieron que arrancar las herraduras á los caballos, y con ellas hicieron clavos y abrazaderas, supliendo la brea y la pez con resina que recogieron en árboles de diversas especies. Cuando la barca estuvo acabada, Gonzalo hizo que se embarcase en ella un oficial llamado Orellana, con 50 hombres, encargándole que bajase por el rio, para buscar víveres y designándole el parage en que le habia de esperar con el resto de las tropas.

Apenas Orellana los perdió de vista, cuando burlando la confianza de su comandante, resolvió sustraerse á su autoridad: ambicioso y vano, creyó haber hallado la ocasion de asociar á su nombre, todavia obscuro, la gloria de una accion atrevida y de una arriesgada empresa. En vez de esperar á Gonzalo en

el sitio que éste le habia designado, quiso seguir el curso del rio hasta llegar al Océano: proyecto temerario que este orgulloso oficial se hubiera guardado de acometer, si hubiera sabido los peligros á que se esponia tratando de ejecutarlo, si hubiera sabido que el rio en que se aventuraba sobre una barca tan mezquina y sin provisiones, corre cerca de 2,000 leguas marinas antes de salir á el mar.

De todos modos Orellana no dió parte de su intencion á los 50 hombres que le acompañaban, hasta que llegaron al parage en que el Napo desemboca en el Marañon ó rio de las Amazonas. Allí era donde debia esperar á Gonzalo y allí fué tambien donde comunicó su proyecto á sus compañeros, que lejos de intimidarse por su audacia, declararon que estaban prontos á seguirlo. Uno tan solo hubo entre ellos fiel á Gonzalo y capaz de protestar contra la perfidia de Orellana; pero éste le hizo desembarcar y le dejó abandonado en un pais desierto donde debia perecer: despues prosiguió la ejecucion de su proyecto.

turas escitó una sorpresa general; pero valiéndose de esta feliz disposicion de los ánimos á dar crédito á sus palabras, recurrió á la mentira y añadió lo maravilloso á lo verdadero. Todos los cuentos que imaginó en el interés de su vanidad, gozaron por mucho tiempo de un gran crédito, y solo en nuestros dias es cuando los ha desvanecido la ciencia.

Orellana aseguraba que en las comarcas que habia atravesado, el oro y la pedrería eran tan abundantes como los guijarros en nuestros campos; que estos paises estaban solo habitados por mugeres guerreras cuya fuerza igualaba á su valor, lo que hizo dar al pais regado por el Marañon el nombre de *pais de las Amazonas*, y al mismo rio el de *rio de las Amazonas*, nombres que han conservado. Una de estas comarcas, que no se designa, fué tenida por el pais del oro y se llamó *el Dorado*. Los primeros viajeros que probaron la falsedad de los asertos de Orellana, han sido La Condamine, sabio francés que recorrió por entero el pais de las Amazonas, y despues de él ma-



Río de las Amazonas.

Entonces empezó á conocer cuán peligrosa era su empresa, y á qué terribles pruebas iba á verse sometida su constancia. Tan pronto atravesaba comarcas estériles y solitarias, tan pronto tenia que combatir contra belicosos indigenas, si se habia de proporcionar algunos víveres, y muchas veces tambien tenia que rechazar los ataques de un gran número de canoas llenas desalvages armados. Continuó, sin embargo, bajando por el rio, y despues de haber luchado durante siete meses contra privaciones, fatigas y peligros de toda especie, llegó al desembarcadero del Marañon. Entonces mas que nunca necesitaba de todo su valor y de toda su energía, porque era forzoso abandonarse con tan frágil embarcacion en medio del grande Océano hasta llegar á una colonia española. En fin, despues de haber andado algunos centenares de leguas llegó á Cubaña, situada no lejos de la costa de Tierra Firme.

Desde allí se apresuró á volver á España, donde obtuvo el resultado que se habia prometido de su péfida conducta con Gonzalo. La relacion de sus aven-

dama Godin, á la que determinó á emprender su viaje el afecto que profesaba á su marido.

Llegó entretanto Gonzalo á la confluencia del Napo y del Marañon, donde esperaba encontrar á Orellana con los 50 hombres que mandaba y una provision de víveres; pero cuál fué su doloroso asombro cuando no vió barca ni hombres! Lejos de concebir sospechas por la ausencia de Orellana, se figuró que algun accidente le habria obligado á descender todavia mas abajo, y resolvió seguir marchando por la orilla del rio, hasta que encontró al español que Orellana habia hecho poner en tierra. La noticia de la traicion del péfido comandante puso á Gonzalo y á sus compañeros en una cruel perplejidad. Casi desesperados por la traicion de Orellana que se habia llevado hasta sus bagages que iban en la barca, estenuados de hambre y de fatiga en medio de una comarca desierta y estéril, los soldados pidieron á voces que los volviese á Quito, y Gonzalo no tuvo mas remedio que consentir, dando la vuelta hácia el Perú.

Habia 400 leguas desde allí á Quito, y era pro-

bable que volviesen á ver esta ciudad muy pocos de cuantos habian resistido hasta entonces los padecimientos y fatigas de una marcha tan larga y penosa. Sin embargo, se reanimó su valor creyendo que no sufrirían tantos obstáculos, tomando diferente camino del que habian traido; pero esta esperanza fué tambien cruelmente burlada. El pais en que se internaron era todavia mas estéril que el que antes habian atravesado. El hambre les obligó á matar sus caballos y sus perros, y cuando se acabaron estos recursos, mascararon hojas de árboles, comieron algunos insectos, y hasta royeron las correas de las sillas y de los cinturones. Sus vestidos se caian á pedazos, sus cuerpos estaban cubiertos de llagas y de úlceras, producidas por las picaduras de los insectos, las espinas y el poco aseo. Doscientos españoles y casi todos los peruanos habian perecido, cuando los restos del pequeño ejército de Gonzalo llegaron á 50 leguas de Quito.

El lector no habrá olvidado sin duda que Almagro dejó un hijo á quien designó para que le sucediese. Educado con el mayor esmero por un oficial hábil é instruido, llamado Juan de Rada, el jóven se manifestaba ya por sus bellas cualidades digno del papel que estaba llamado á representar en la escena en que tanto se habia distinguido su padre, á quien se parecia mucho en la intrepidez y firmeza de carácter. Pizarro, que le temia, le tuvo preso por algun tiempo juntamente con su ayo, y al fin le puso en libertad bajo condicion de que no habia de salir de Lima. Creyó que sujetando la conducta del jóven Almagro á una activa vigilancia, nunca le daria tiempo para que hiciese valer sus derechos y dispusiese un levantamiento á su favor; pero Pizarro no advirtió las frecuentes reuniones que se verificaban en casa de Almagro. Allí era la cita de todos los antiguos amigos y partidarios de su padre, y allí fraguaron una conspi-



Muerte de Pizarro.

Los últimos soldados de Gonzalo y su mismo jefe hubieran sucumbido, si no hubiera salido á buscarlos un destacamento con víveres, vestidos y algunos caballos. A vista de este inesperado socorro, experimentaron tan grande alegría que se arrojaron á tierra para besarla; pero sin la prudencia de su jefe, que por algunos dias redujo el alimento de cada soldado á una muy corta racion, el ansia de aquellos hombres hambrientos les hubiera sido funesta. Como no habia bastantes caballos para toda la tropa, Gonzalo y sus oficiales quisieron dejárselos á los soldados mas débiles, continuando desnudos y á pie hasta llegar á Quito. Allí sus mas íntimos amigos apenas los conocían, tan profundas eran las huellas que los padecimientos habian dejado en sus semblantes.

Durante la ausencia de Gonzalo habia ocurrido en Lima un suceso extraordinario, cuya noticia fué un golpe terrible para él.

racion para matar á Pizarro y sus allegados. Juzgaron que la ausencia de los dos hermanos del gobernador era muy favorable á la ejecucion de sus designios y se prepararon á ejecutarlos.

Pero estos conciliábulos habian llamado la atencion de los amigos de Pizarro, que no pudieron menos de comunicarle sus sospechas y sus temores.

«No tengais cuidado por mi vida, respondió el gobernador, el poder que tengo para cortar la cabeza á los demas garantiza la seguridad de la mia.»

Los conjurados, queriendo penetrar sus disposiciones y aumentar su seguridad, confiaron á Rada esta delicada comision. Pidió este permiso para hablar al gobernador y le encontró paseándose en su jardin y cogiendo limones. Recibió á Rada con mucha cortesía y aun le ofreció uno de los limones que tenia en la mano, diciéndole eran los primeros que se cogian en Lima.

Rada, aparentando una viva inquietud, respondió á Pizarro cuando le preguntó el motivo de ella, que habia oido hablar de un siniestro proyecto atribuido al gobernador; que se trataba nada menos que de la muerte del jóven Almagro y de sus infelices amigos, condenados á morir para disipar una injusta desconfianza provocada con odiosas calumnias. Rada representó su papel con tal destreza, que Pizarro se afanó en tranquilizarle, jurándole que jamás habia pensado semejante cosa, á pesar de que continuamente estaba recibiendo avisos de conspiraciones tramadas contra él. Rada fingió indignarse con estas denuncias, y suplicó á Pizarro que le permitiera alejarse con el jóven Almagro de Lima, donde su presencia parece que autorizaba tan odiosas suposiciones, quitando asi todo pretexto al odio y la desconfianza. ¿Pizarro, suscribió á esta peticion? Los historiadores no han dado á conocer la determinacion del gobernador, y dicen únicamente que aseguró á Rada que ya dispondria le diesen cuanto le hiciese falta. Rada, al despedirse de Pizarro, le besó la mano y corrió á participar á los conjurados el resultado de su entrevista, quedando aplazada la ejecucion del proyecto para el próximo domingo 26 de junio de 1541.

El viernes, uno de los conspiradores, acosado por los remordimientos, descubrió el proyecto á un sacerdote que se apresuró á ir á informar al gobernador; pero éste, cuya confianza y seguridad no podian ser alteradas por ningun aviso, respondió que no podia creer existiese una conspiracion contra sus dias, y que la visita reciente de Rada y sus sinceras protestas le autorizaban para considerar este aviso de una conspiracion imaginaria como cálculo de alguno, que teniendo que pedirle algun favor, queria valerse de aquel pretendido descubrimiento como de un título á su gratitud. Despues de haber despedido con buenos modos al eclesiástico, fué á tenderse en el lecho.

Sin embargo, al dia siguiente se levantó con menos confianza, y creyó que debia tomar algunas precauciones. Hacía ya mucho tiempo que sus amigos le aconsejaban formase una guardia para seguridad de su persona; pero él se temia que, cuando se estaba esperando de un momento á otro la llegada de un comisario español, aquella providencia se interpretase como una garantía contra el poder del nuevo enviado de la córte de España, y esta consideracion le impidió el tener cerca de su persona un destacamento de soldados.

Como el aviso que habia recibido decia que el domingo habia de estallar la conspiracion, no quiso en este dia salir de su casa, y en lugar de ir segun su costumbre á la iglesia para oír misa, hizo que se la dijiesen en su aposento. Al medio dia fueron llegando sus principales oficiales, á quienes habia convidado á comer: esta era la hora fijada por los conjurados para atacar al gobernador, porque, en aquellos paises donde reinan grandes calores, el centro del dia suele destinarse al sueño.

De improviso Rada sale de casa de Almagro y se precipita á la calle al frente de 18 conjurados armados de pies á cabeza, y gritando con las espadas desenvainadas: «¡Viva el rey! ¡muera el tirano!» A esta señal que estaba convenida, los demas conjurados dispersos por la ciudad acuden todos al palacio del gobernador. Acababa éste de levantarse de la mesa y continuaba conversando con sus amigos, mientras que la mayor parte de su servidumbre se habia retirado á

descansar. Los conjurados, favorecidos por esta circunstancia que les permitió penetrar sin ser vistos en lo interior del palacio, ya eran en cierto modo dueños de él, antes que Pizarro supiese su llegada. Rada habia tenido la precaucion de dejar un conjurado á la puerta, encargándole que gritase á los que fuesen llegando: «¡El tirano ha muerto!» Asi es que los amigos del gobernador, que acudian á socorrerle, engañados con este grito, se volvieron creyendo haber llegado demasiado tarde.

Llegaban ya los conjurados á la escalera del aposento de Pizarro, cuando fueron vistos por uno de sus pages, que se precipitó en el aposento anunciando su llegada. Pizarro, intrépido como en un dia de batalla, se levantó y mandó á uno de sus oficiales que echase el cerrojo á la puerta para tener tiempo de armarse; pero aquel hombre estaba aturdido, y sin obedecer la órden de Pizarro, salió hasta la escalera para preguntar á los conjurados cuáles eran sus intenciones: ellos le dieron por toda respuesta un sablazo que le tendió sin vida en el pavimento, y en seguida entraron en la sala.

No encontraron al gobernador, que habia entrado en la pieza inmediata para armarse: estaba acompañado de su hermano Alcántara (1), dos amigos y dos pages ya mancebos. Todos los demas saltaron por una ventana, viendo entrar á los conjurados que se precipitaron en el aposento donde estaba Pizarro. Sin acabar de ajustarse la coraza, cogió su sable y su escudo, y salió al encuentro de los conjurados, gritando á los pocos amigos que le eran fieles: «¡Valor, camaradas; todavía somos bastantes para castigar la temeridad de estos traidores!» Armóse entonces una lucha terrible entre adversarios animados de igual furor; pero esta lucha era muy desigual para que pudiese durar mucho tiempo. Los conjurados, armados de pies á cabeza, tenian demasiada ventaja sobre sus contrarios, espuestos casi sin defensa á sus golpes. Alcántara fué el primero que cayó al lado de su hermano; algunos otros tuvieron la misma suerte, y en cuanto á Pizarro, teniendo que hacer frente á numerosos acometedores y evitar los repetidos golpes que le dirigian, se le fueron acabando las fuerzas poco á poco, teniendo tan cansado el brazo, que apenas podia manejar la espada: recibió entonces una estocada en la garganta que le hizo caer muerto á los pies de los conjurados.

Acto continuo salieron estos del palacio y recorrieron toda la ciudad, blandiendo sus espadas desnudas y ensangrentadas, para anunciar la muerte del tirano. Doscientos cómplices se agregan á ellos y pasean por todas las calles de Lima al jóven Almagro, montado á caballo, publicando que es único y legítimo gobernador del Perú. El palacio de Pizarro y las casas de sus principales partidarios son abandonadas al saqueo.

Los criados de Pizarro llevaron su cuerpo á la iglesia de Lima, pero nadie se atrevió á darle sepultura. Al fin un antiguo criado, llamado Bárbara, pidió licencia al nuevo gobernador para tributar los honores fúnebres á su antiguo amo. Almagro se la concedió,

(1) La diferencia del apellido consiste en que era solo hermano por parte de madre. Los Pizarros eran cinco hermanos: legitimo solo Hernando, y los otros dos, Juan y Gonzalo, bastardos como el gobernador. El otro hermano por parte de madre, que es el que ahora se cita, se llamaba Francisco Martin de Alcántara.

y el fiel servidor, ayudado de su esposa, enterró á Pizarro antes que los conjurados le cortasen la cabeza para esponerla en medio de la calle.

Así terminó la existencia de un hombre que reunia eminentes cualidades y talentos que infunden admiración, á vicios y defectos que le hacian odioso y despreciable. Valiente hasta la temeridad, firme, sufrido, hábil para proporcionarse recursos en la adversidad, dotado de una maravillosa penetración para conocer á los hombres y hacerlos servir á la ejecucion de sus designios, habia adivinado el secreto de ejecutar cosas grandes con muy escasos recursos; pero tambien era falso, disimulado, pronto á sacrificarlo todo á su ambicion y á sus resentimientos, y muchas veces cruel. Su muerte pareció el justo castigo de su conducta con Atahualpa, con Almagro su asociado y amigo y otros muchos que hizo perecer. «Era, dicen los historiadores contemporáneos, de una constitucion robusta: en él la energia de carácter y la constancia se equilibraban con el extraordinario vigor de su cuerpo. Así que se encontraba armado se creia invencible y le sucedió muchas veces precipitarse en medio de los enemigos, sin esperar á sus tropas á quienes costaba trabajo alcanzarle: tan grande era la confianza que tenia en su valor y en la fuerza de su brazo.»

Privado de toda clase de instruccion, porque ni aun sabia firmar, la suplia con su inteligencia natural, ayudada de la atencion, la paciencia, la reflexion y la actividad. Cada vez que su firma era necesaria se limitaba á trazar dos rasgos de pluma, entre los que su secretario escribía la palabra: *Francisco Pizarro*. Habia en él, el gérmen de un grande hombre; pero faltó la educacion para desarrollar aquella tosca obra de la naturaleza. Meditando sin cesar empresas grandiosas, los obstáculos y las dificultades nunca parecian insuperables á su teson: su alma no era estraña á los nobles sentimientos, á los ímpetus de la generosidad; pero casi siempre eran comprimidos por la ambicion, por la sed de mando y por el orgullo. He aquí dos rasgos de su vida que forman singular contraste con las crueldades que le atribuye la historia.

Habiendo sabido cierto dia que uno de sus oficiales, que no estaba rico, habia perdido el caballo, ocultó bajo su ropa un tejo de oro de diez libras, con ánimo de regalárselo para que comprase otro caballo, y se dirigió á un juego de pelota donde solia concurrir aquel oficial. Cuando llegó no estaba alli, y entonces resolvió esperar que viniese. Invitado por algunos amigos á entrar en la partida, aceptó la invitacion; pero queriendo que se ignorase el motivo que alli le traia, no se quitó la ropa y permaneció tres horas largas cargado con un peso tan incómodo, sobre todo para un jugador. Al fin se presentó el oficial, y Pizarro llamándole aparte, le entregó el tejo de oro, diciéndole que de buena gana le hubiera dado tres veces mas, con tal que hubiera venido cuanto antes á quitarle aquel incómodo peso durante el juego. En general se ha observado que se complacia en ocultar sus beneficios, y la discrecion de su genrosidad, siempre acompañada de delicadeza, revela el instinto natural de un noble corazon.

Al pasar un rio en una de sus expediciones, cayó al agua uno de sus criados indios, que le tenia dadas repetidas pruebas de cariño y lealtad. Aquel infeliz arrebatado por la rápida corriente iba á perecer, cuando Pizarro, visto el pelígro que corria, se arroja á na-

do, ase al indio por los cabellos y consigue sacarle á la orilla. Sus amigos, que habian temblado por su vida, viéndole esponerse á una muerte casi segura por salvar á un miserable indio, no pudieron menos de reconvenirle. «Bien se conoce, contestó él, que no sabeis cuánto vale un buen criado.» Palabras admirables, que nunca estaria demas repetir á la opulencia egoista é ingrata que cree pagar con algunas monedas la lealtad de un buen servidor.

Pizarro era estremadamente sencillo en su modo de vestir: llevaba diariamente una ropa negra que le bajaba hasta los tobillos, zapatos blancos y sombrero gris. Algunas veces, por complacer á sus amigos, que temian que la demasiada sencillez del traje perjudicase á la autoridad del gobernador, se ponía un vestido de etiqueta guarnecido de martas, que era regalo de su amigo Hernan Cortés; pero así que volvía de la iglesia se le quitaba y se quedaba vestido á la ligera, con un pañuelo alrededor del cuello para enjugarse el sudor de su frente y de su rostro. En tiempo de paz, pasaba todos sus momentos de ocio en jugar á los bolos y á la pelota, juegos á que tenia grande aficion. Jugaba con el primero que llegase, sin reparar en su estado y condicion: afable hasta la familiaridad, miraba á todos los jugadores como iguales suyos, y exigía que durante la partida no mirasen en él al gobernador del Perú. Así es, que no permitía que le alcanzasen la bola ó la pelota, ni que le evitasen ninguna de las fatigas y molestias del juego.

Daba á sus compañeros el ejemplo de una adhesión y escrupulosa fidelidad al emperador. Cuando se apartaba en cada presa el quinto de la corona, solía levantarse de su asiento para recoger las partículas de oro que se caian de la balanza y la añadía á la parte correspondiente al emperador. Como algunos circunspectantes se sonriesen al verle ejecutar esta accion: «Si no tuviera manos, les dijo, recogeria estos pedacitos con mi boca.» Esta escrupulosidad la miraba él como uno de sus principales deberes. Repetidas veces se ha preguntado, cuáles eran las ventajas del descubrimiento del Nuevo Mundo. Ha contribuído, es preciso confesarlo, á los progresos de diversos conocimientos, como la navegacion, la geografía, la astronomía, la medicina y la historia natural; pero la humanidad justamente indignada con los crímenes que manchan la historia de los conquistadores ¿no tiene derecho á decir que estas ventajas han costado demasiado caras?

En cuanto á la España, se ha observado que su decadencia data precisamente de la época que los tesoros de América parece que debieran enriquecerla y haber asegurado su preponderancia sobre las demas naciones. El oro de Méjico y del Perú no pudieron evitar el que Felipe II hiciese bancarrota. «A la España, segun ha dicho exactamente Montesquieu, le ha sucedido lo que á aquel rey insensato, que pidió á los dioses se convirtiera en oro cuanto tocasen sus manos, y que despues tuvo que acudir á ellos para pedirles pusiesen término á su miseria.»

Hecha la historia de esta célebre conquista, la cual nos ha parecido oportuno indicar en el curso de este libro de viajes, hablemos ahora de la posicion topográfica del Perú, segun el plan que hemos observado desde un principio.

El Bajo Perú tiene 1.285,000 kilómetros cuadrados de estension y una poblacion de 1.750,000 almas. Está situado entre los 64 y 84 grados de lon-